



FIRGAS



## EL MUNICIPIO DE FIRGAS

Manuel Perdomo Cerpa

*Cronista Oficial de Firgas*

### La Calle “Real de Arriba”...

Todos los pueblos, por insignificantes que éstos sean, están conformados por una o más calles. De ellas, alguna ha de ser la más importante, la más transitada, la más bulliciosa. Será ésta, ancha o estrecha, llana o pendiente, recta o torcida, solitaria o familiar, pero será, para los que la transitan y la viven, la más popular, la más querida, la más íntima. La calle a la que me voy a referir es la principal de mi pueblo. Digo la principal porque lo fue a través de los siglos, desde su nacimiento, ocurrido en los albores del siglo XVI; aunque, con el paso del tiempo, haya perdido la importancia de antaño.

La calle está dividida en dos partes, y sólo me ocuparé de la superior, o sea, la que desde la Plaza de San Roque, en otros tiempos llamada “Plaza del Convento”, nos lleva hacia lo más alto. A ésta se la denominó “Real de Arriba”.

En principio diremos que esta calle es pendiente, no muy larga, estrecha y mucho más cuando se acerca a su final. Sus edificios son humildes, unos cubiertos con tejados a dos aguas, otros, los menos, con azoteas de hormigón, y otros, como la “Fonda de Rosarito”, con fachada señorial.

Se me antoja que al construirse este edificio a finales del siglo XIX, rompió con todos los esquemas existentes en aquella incipiente población.



Se ha dicho de esta calle que conserva todas las trazas similares a las de un pueblo medieval, de los que aún podemos admirar por tierras de Castilla.

Cada calle posee una historia construida por los hombres que en ella han vivido, y cada hombre tiene en su biografía una o dos calles. Con frecuencia esa calle fue el escenario de nuestra infancia, un paisaje que siempre nos acompaña; o el testigo de episodios inolvidables que marcaron nuestras vidas. Más de una vez regresaremos a esa calle, buscando revivir el pasado.

Desde mi infancia, casi a gatas, mis familiares me llevaron a la escuela situada al final de esta calle. Fue en la llamada “Escuela de Petrita”, atendida por su sobrina Juana. El local se sitúa muy próximo a donde Juan Pérez instaló su puesto de plátanos primero, y tienda de comestibles después. Fueron mis compañeros inseparables en esta escuela: el bulto, la pizarra y el pizarrín.

Por esta época, las oficinas municipales estaban situadas en la casa de don Antonio Guerra, hoy de Pepe Guerra el fotógrafo, justo frente a la tienda de Bartolito, y en la portada principal lucían tres mástiles portadores de las banderas española, de la Falange y del Movimiento. ¡Cuánto daría aquel chiquillo de entonces por tener acceso a alguna de aquellas banderas!

Después, cuando el Ayuntamiento trasladó sus oficinas, este local fue ocupado por la Sección Femenina Local, para desarrollar en él su actividad: manualidades, costura, belenes, etc.

De la Escuela de Petrita pasé a la Nacional, situada en lo alto de “la Fonda”, sita en la misma calle, frente a la plaza y la iglesia. A la salida de clase, visitábamos las tiendas de comestibles donde adquiríamos los encargos de nuestros familiares. En esta escuela tuve inolvidables maestros, con los que contraje una deuda espiritual que jamás podré liquidar. Estos fueron don José, don Ángel, don Pedro y don Salvador, siendo mis compañeros de clase, además del bulto: Pepe, Juan, Luis, Ignacio, Manolo; algunos de ellos ya desaparecidos.

De las tiendas, recuerdo la de Paquito Domínguez, instalada en lo bajo de la escuela, y las de Bartolito, Panchito, Maestro Pepe, Juan Pérez, y la de los hermanos Juan y Demetrio Perdomo, que aún perdura.

En esta mi calle y por el Callejón de Clarita tenía Maestro Bernardino la zapatería. Desde la escuela escuchábamos el tintineo caprichoso del martillo dando fuerte en la patacabra.

Por el callejón del Pilar, que conducía al cubo del molino, oteábamos a hurtadillas este precipicio, con el salto de agua del que tantas veces fuimos advertidos de su peligro. ¡No te acerques al cubo del molino!. El pilar, los lavaderos y el cubo, forman parte inseparable de la vida cotidiana de esta calle de mi pueblo. De mi calle.

Con los albores del día, la concurrencia se daba sita en el pilar: tallas, bernegales, cacharros y ganchos para el acopio y traslado de agua limpia necesaria para la subsistencia. Los lavaderos, donde las amas de casa se daban sita casi a diario, para el lavado de las ropas. Y el molino y su cubo, lugar frecuentado por todos, donde se había de moler el grano de maíz o de trigo en la elaboración del gofio, tan necesario e insustituible en aquellos tiempos, o también la harina para el amasijo y elaboración del pan casero.

Muy próximo al cubo estaba el lugar en el que la inolvidable Angelita, “la pescadera”, nos ofrecía su mercancía, casi al final de este callejón. Al amanecer se trasladaba desde su domicilio, en Arucas, en la lechera de Agustinito, para atender a su clientela con su gracia peculiar.

A la semana siguiente, cuando emprendía las visitas a domicilio para el cobro de sus ventas, su saludo siempre era: ¿Te gustó rica?

Desembocan en esta mi calle otros callejones que le dan a la misma un aspecto diferente, como el que separa los edificios donde estuvieron las tiendas de ultramarinos de Bartolito y de Panchito, por él que se pasa a la vivienda que fue de Carmita Guerra. También el que está frente a la casa donde vivió Tella, que nos lleva a las edificaciones más antiguas de mi pueblo. Al fondo de este, se alojó durante muchos años Rafael Déniz, su esposa Dolores y demás familia.

Próximo a este lugar y frente a la tienda de Maestro Pepe Toledo, justo en la esquina con la calle Norte, había un surtidor de mano para gasolina, flanqueado por una pesada puerta de riga con cerrojo incluido. Este sitio, llamado las “cuatro esquinas”, fue pintoresco y familiar, propicio para la tertulia a cualquier hora. Las hermanas Toledo Marrero, Rodríguez Armas, Castellano Alemán, entre otras, moceaban con los también vecinos, Sinforiano Arencibia, Pepe Mateo, Leandro Arencibia, Roque Marrero, etc.

Habían en esta calle, dos barberías; una, instalada en lo bajo del “Liceo” que regentó Maestro Juan Álamo y sus hijos. Otra, próxima a la plaza llama-

da de San Luis, que fue de Maestro Miguel y de su hijo Carlitos. Estas fueron cobijo de labradores y de campesinos durante muchos años. Lugar de tertulias donde se ventilaron precios de agua de riego, de productos agrícolas y sus derivados, de buenas y malas cosechas, de lluvias y de sequías, y como no, de disputas futboleras.

Maestro Miguel, poseía también un cobijo llamado latonería, situado frente a la tienda de Juan Pérez; donde arreglaba pitorros de cocinillas y colocaba fondos de calderos para guisar.

Así es mi calle; mejor, así fue, suficiente y holgada en estos menesteres, por los años cuarenta de este siglo: escuela y teléfono, la plaza y la iglesia, comercio de tejidos y novedades, de ultramarinos con cartillas de racionamiento, barberías, latonería y oficinas municipales, gasolinera,...

Mi calle lo poseyó casi todo, pero sin embargo...

¿Dónde están ahora aquéllos que le dieron carácter y personalidad durante mi infancia y juventud?

¿Dónde están aquéllos que me vieron pasar con el bulto y la pizarra?

¿Qué le falta ahora a esta mi calle?

Ya no está mi maestra Juana con el pírgano. Cuánto hecho de menos a Rosarito la de la Fonda, a Matilde, a Cipriano, a Salvador, a Modestito, a Rosarito Guerra, a Bartolito, a Félix, a Panchito, a Carmita, a Tella, y a tantos otros que se fueron para no volver. Sus viviendas quedaron ahí aguantando las embestidas del tiempo. El musgo, los verodes y helechos de sus tejados, el chirriar de bisagras en puertas y ventanas y la cantería ennegrecida con el paso de los años, atestiguan a las nuevas generaciones que el pasado nos dejó su huella.

Al principio, fue transitada esta senda por los canarios aborígenes y sus ganados. Más tarde por los Palenzuela, los Ariñez, los Bachicao, los Suárez de Figueroa. Anteayer, por dominicos y abades, y ahora es transitada por los Marrero, los Rodríguez, los González, los Báez, los Ponce, los Perdomo.

¡Cuántos pies hollaron tu suelo, calle mía!

Desde ella se divisan el cielo y el mar.

Desde mi calle se vislumbran las luces de la ciudad y el faro de La Isleta, anunciador de nuevos mundos.

Desde aquí nuestros antepasados vieron las naves del Almirante Colón camino de Las Américas.

Desde aquí se escucha la mar rompiendo en la costa en días de furia. ¿Por qué se enfada la mar?

Por ella, los cortejos procesionales, con San Juan de Ortega, la Virgen del Rosario, Santo Domingo de Guzmán, el Corpus, San Roque...

Por ella, las alfombras, los adornos, los arcos. Por ella, el ganado, las bestias y los arrieros.

Por ella, el tránsito de caña de azúcar, de cochinilla, de tabaco, de vinos, de papas, de millo, de berros y de agua mineral.

Por ella, el coche de hora, con Brunito y su hijo Manuel, para en vísperas de las fiestas proceder a la descarga de molinillos, de ruletas, de cajas de turrón, de gallos de tiza y de fotografías a la minuta.

Mi calle entristecida, en las despedidas de los seres queridos que se nos fueron.

Mi calle convertida en río de aguas turbias, de aguas claras. Mi calle embestida por el viento.

Mi calle acariciada por la suave brisa.

Mi calle invadida por las brumas.

Mi calle inundada de romeros, tras la huella indeleble de un cayado, de un perro y de un peregrino glorioso, San Roque.

¡Cuántas mantillas!, ¡cuántas enaguas!, ¡cuántos cachorros!, ¡cuántas botas herradas! desfilaron por mi calle.

A su vera se instalaban la popular Simeona y su hijo Ezequiel, en mañanas domingueras, ofreciendo frescas verduras.

¡Cuántos vendedores ambulantes!, ¡cuántas sardineras y pescaderos!, ¡cuántos árabes mercaderes!, ¡cuántas sitas!, ¡cuántos amores!, ¡cuántas cuitas!, ¡cuánto mentidero!.



Mi calle, a la luz de la luna. Mi calle, a pleno sol. Mi calle, en la penumbra.

¡Cuántos pregones al amanecer, anunciadores de dulas de la Heredad de Aguas y de eventos municipales!

Mi calle, tan pequeñita, y cuánta historia desprende de su suelo, de su cielo, de sus viviendas, de sus moradores.

Han pasado los años, y es ahora cuando afloran en mi mente los sentimientos y las vivencias del ayer que jamás se podrán borrar. Son recuerdos acaecidos en los rincones de aquel pueblecito humilde, de callejones empedrados, de acequias caudalosas, de plaza diminuta, de ganado con cencerros, de pastores y de arrieros.

En el contexto de aquel bellissimo lugar destaca en mi mente una calle singular, La Real de Arriba.

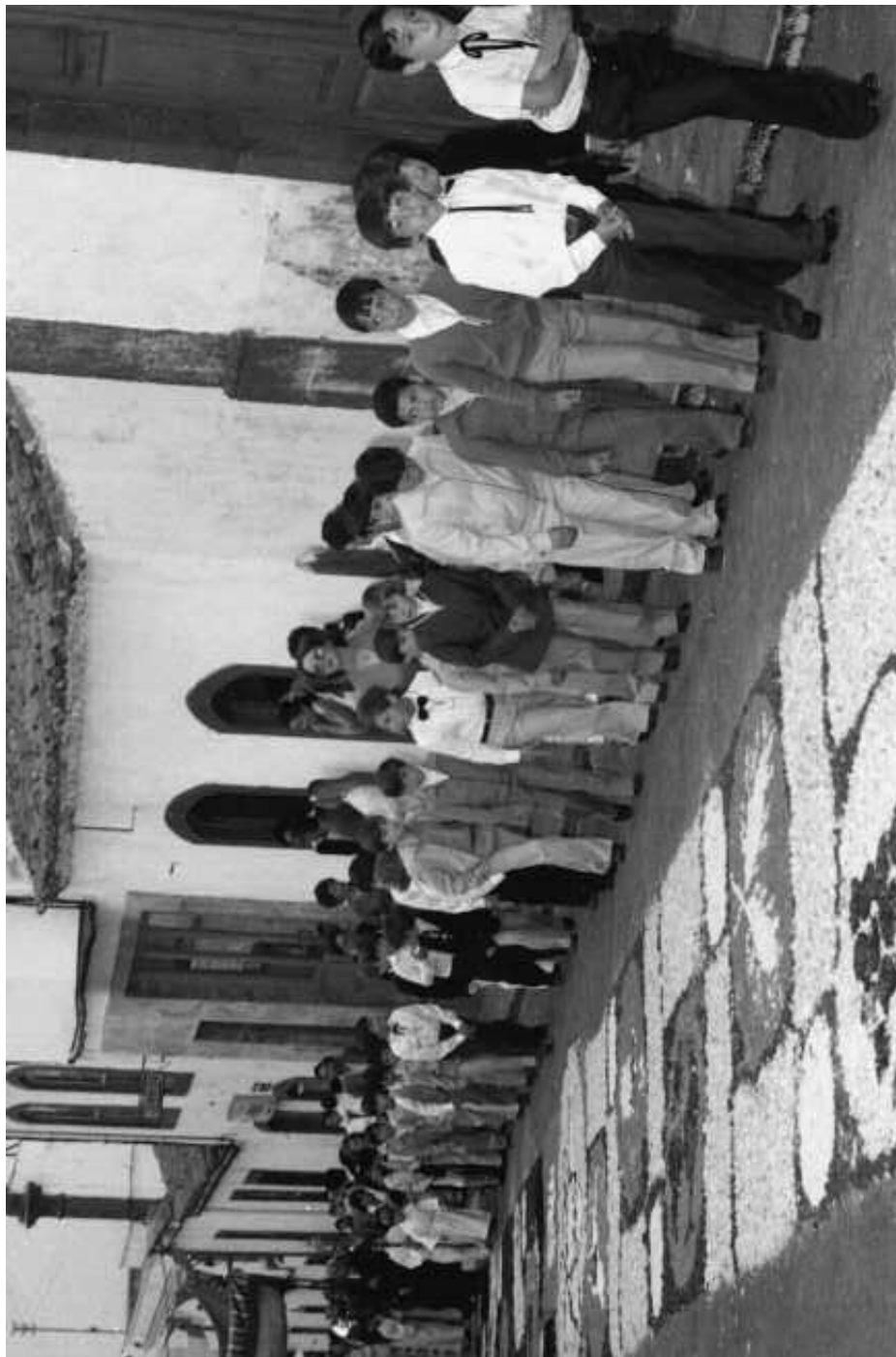
### **...y la Calle Real de Abajo, los Corredores y el devenir de los tiempos**

Habíamos escrito que la calle Real de Arriba se delimitó desde la Plaza de San Roque, (antes del Convento) hasta la llamada Plaza de San Luis. Pues bien, Real de Abajo se denominó a la vía que desde la entrada a la hoy Villa de Firgas, por la carretera C.814, nos traslada a la plaza principal o de San Roque. Esta calle fue construida aprovechando el viejo Camino Real que desde el Norte de la Isla, Costa de Lairaga, nos conduce a Firgas.

Cuando la carretera, llamada de El Estado, llegó a este pueblo, años veinte, hubo que destruir un antiquísimo corredor de amplias proporciones, para que los carruajes escasos de la época pudieran circular.

El corredor aludido comunicó por vía aérea a una vetusta vivienda situada a la derecha, entre los inmuebles números once y quince, propiedad que fue de don Domingo Ponce González, en el que vivieron don Juan Báez Perdomo, (padre de Virginia, entre otros) y toda su familia. El mentado corredor servía de pasadizo entre el servicio y demás dependencias de la misma.

Existieron otros corredores en las viviendas aledañas que pertenecieron a los hermanos Arencibia, (Lamberto, Federico y María del Pino). Otro de ellos estuvo situado en la casa que fue de doña Rosa González Guerra, tía



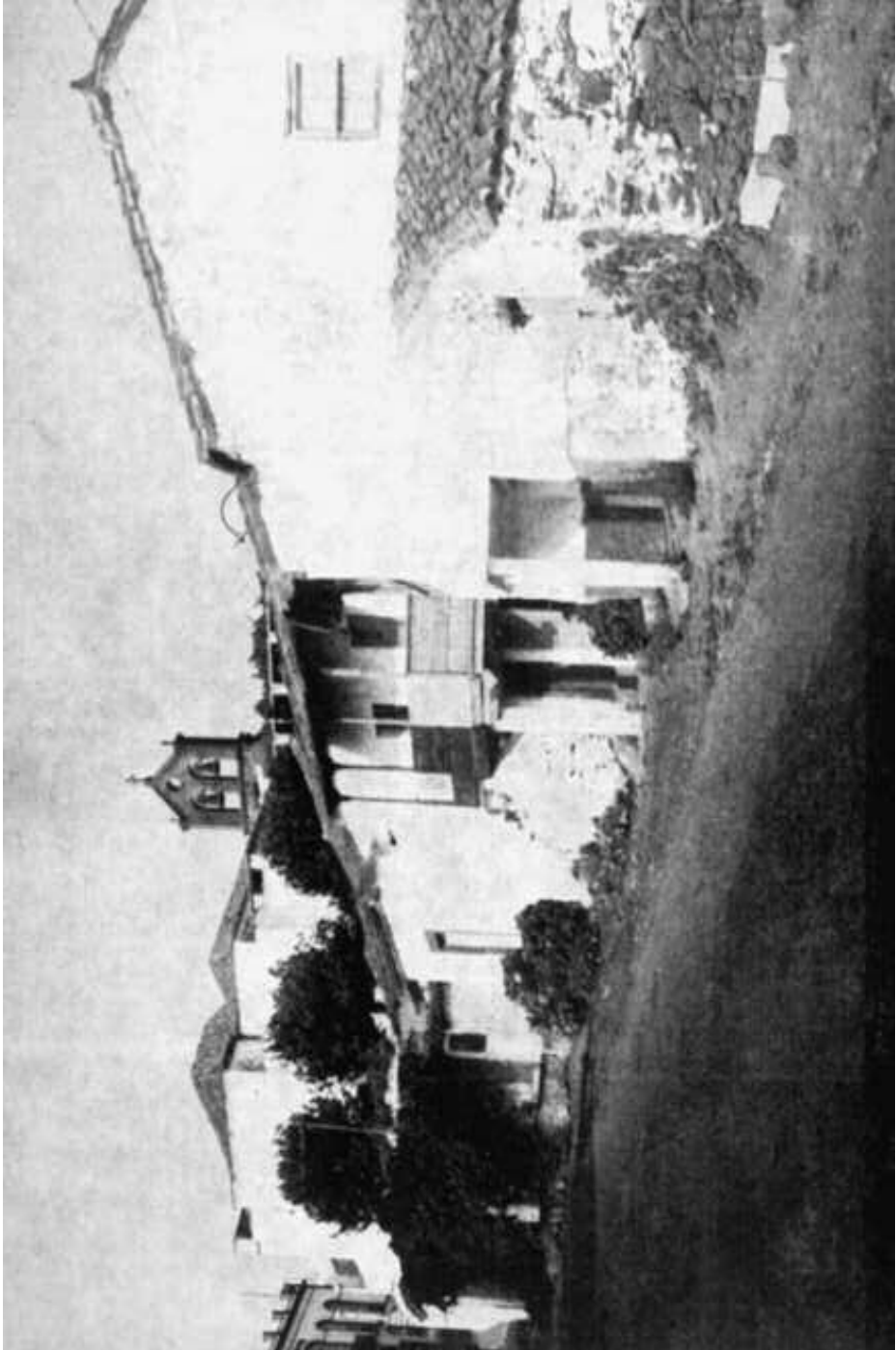
abuela que fue de don José Jiménez González, orientado este hacia el Sur, el cual fue destruido, década de los años cincuenta, merced a las mal llamadas reformas en viviendas, con lo que cambió totalmente su vieja fisonomía. Este corredor de estampa bellísima, recordamos que en cierta ocasión, en nuestra niñez, estuvo a punto de ser pasto de las llamas, merced a la lumbre de una vela olvidada. Vivían en esta casa, por entonces, don Francisco Perdomo Déniz, esposa e hijos.

Después de este paréntesis o relato, hemos de continuar situándonos en el extremo más bajo de esta calle, para desde allí seguir mentalmente, paso a paso, recordando con nostalgia su pasado histórico y sentimental.

Así nos situamos al comienzo de la misma, en la primera vivienda situada a la izquierda, edificada entre la calle y la acequia de Los Timagadas, ahora de San Juan. Ésta perteneció, que sepamos, a los hermanos Marrero (Julián y Luis) y en parte de ella vivió, desde que recuerdo, la respetable familia Navarro Medina que se había trasladado desde su casona solariega, sita en el Cortijo de Lomo Pelao. Recuerdo que en esta casa murió su madre, de avanzada edad, en la década de los años cincuenta. El último superviviente de esta familia en Firgas lo fue don Antonio Navarro Medina, el cual había pertenecido durante largos años a la Corporación Municipal firguense, a la que aportó excelentes iniciativas. Su padre, don José Sabas Navarro Ramos, poseedor de importantes bienes y derecho de agua de la Heredad, había fallecido a finales de la década de los treinta, entre la consternación de buena parte de los firguenses, dadas sus excelentes dotes de caballerosidad y hombría de bien.

En el mismo edificio, y en dependencias anexas, se instaló la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos, y en el mismo inmueble, y en su parte baja, recuerdo que venían de veraneo durante algunos años diferentes familias, entre ellas, la madre política de Francisco Araña del Toro y sus hijas, así como también la de don Francisco Celis y su segunda esposa doña Teresa Peñate. En otra parte del mismo inmueble vivieron sus dueños, señores Marrero y Falcón hasta su traslado a la Capital, Las Palmas de Gran Canaria, años sesenta.

En la misma vuelta de esta calle Real de Abajo está enclavada la llamada Casa de Los Ponce, edificada a comienzos del siglo XX, la que fue habitada por el respetable matrimonio compuesto por don Francisco Ponce Pérez y doña Francisca Ojeda López, propietarios de la misma y agricultores arrendatarios de diversas fincas de labradío en esta localidad.



A comienzos de este siglo, digamos que el señor Ponce y su primo Domingo, vecino de enfrente, se habían asociado para instalar en esta localidad una turbina generadora de electricidad, con la cual dotar de fluido eléctrico el casco del Municipio. Ello no se llevó a cabo, ya que el Estado Español tenía el proyecto de verificarlo, y así fue en efecto. Decir también que, tanto el señor Ponce como su primo Domingo, habían ostentado sendas tenencias de alcaldía en el Ayuntamiento de este Municipio. De la familia Ponce Ojeda, es justo que mencionemos a Salvador, hijo mayor de entre los varones. Éste había sido miembro de la Corporación firguense y, además, fue Presidente de la Sociedad de Cultura y Recreo Liceo de Firgas, relevando al Fundador, don Domingo González Arencibia.

En la misma vuelta de la aludida calle Real de Abajo, se encuentra la magnífica casona de Los Penachos, construida a mitad del siglo pasado por don Jerónimo Navarro y González, persona destacadísima en la vida local. Había ocupado todos los cargos de responsabilidad existentes en la época, desde la Alcaldía hasta la Administración de Correos. Además de Mayordomo de la Cofradía del Santísimo Rosario, floreciente por aquel entonces. Transcurridos los años, esta vivienda pasó a manos de don Pedro y don Domingo Ponce González, casado este último con Dña. Leonor Arencibia Pérez. Don Domingo procede de la familia Pedro Ponce–Leonor González, maestros de Primera Enseñanza de finales del siglo XIX, y de ellos había nacido también don Juan María Ponce, Sacerdote Jesuita, el cual ocuparía el cargo de Provincial de esta orden. Durante los veranos, solía sentarse la madre de éstos en un sillón de mimbre a la vista de los viandantes, para tomar el sol.

Fueron asiduos visitantes de esta casa sus parientes, el canónigo don Alejandro Ponce Arias y su hermano, el eminente urólogo don José.

Decir también que, del matrimonio Domingo Ponce–Milagros Arencibia, nace su único hijo varón, llamado Domingo Ponce, doctor cualificado, especialista en enfermedades del corazón y en alergología. Aquí, en su pueblo natal, le fue concedido el título de Hijo Predilecto, por su destacadísima labor cultural y deportiva. Había ostentado, además, la Presidencia de la Unión Deportiva Las Palmas en su última etapa en la Primera División.

En el inmueble contiguo se alojaron los Arencibia, propietarios–labradores de buenas extensiones de tierras de labradío. Uno de estos hermanos, Lamberto, fue Alcalde de Firgas en los años treinta, y María del Pino, su

hermana, fue persona muy servicial y querida por toda la vecindad. La vivienda de los Arencibia lucía en su exterior uno de los famosos corredores de tea, tan característicos en esta calle, del que aún podemos apreciar algunos vestigios. Un accidente de locomoción, ocurrido en los años sesenta, propició la destrucción de la columna que sostenía a este, y al reconstruirse ya perdió buena parte de su originalidad. A la izquierda de esta vivienda estuvo el tostadero, hoy convertido en salón de estar, y muy próximo, siguiendo hacia el interior, nos encontramos con el horno donde se coció el pan. En la parte baja de este inmueble, a modo de sótano, en otros tiempos usado para custodia de aperos de labranza, sirvió en la década de los años cincuenta de sala mortuoria, donde fue velado el cuerpo difunto de un árabe mercader, que en su recorrido por buena parte del Norte isleño, y de tránsito por el Barranco de Las Madres, se sintió indispuerto y fatigado, por lo que falleció, posiblemente de infarto. Desde aquí fue trasladado hasta la estancia anteriormente señalada, mientras su acompañante y compatriota, entre incrédulo y desolado, repetía ante su cadáver: “¡Susi!...¡Susi! ...¡Fabián!...¡Fabián!...” Sus restos mortales fueron depositados en el cementerio católico firguense.

Debemos señalar que el corredor de la vivienda antes descrita fue cobijo para buena parte de los viandantes, sobre todo en días de lluvia, que en tiempos pasados fueron más pródigos... ¡Date un salto al pueblo, y, si llueve, “guaresete” en Los Corredores!... He de decir que mi niñez y adolescencia las pasé en el caserío cercano de El Estanco; de ahí estas vivencias.

En el inmueble alledaño, antiquísimo también, vivió, ocupando su parte alta, don Juan Báez Perdomo, anteriormente descrito, padre de Virginia, Juan, Demetrio y otros. La hija mayor, y hermana de los señores descritos, llamada Josefa, murió siendo muy joven, en el año 1941, debido a un desgraciado accidente ocurrido en las inmediaciones de Casas de Matos, en el lugar denominado El Paso Lindo. Fue en un invierno macabro, había resbalado junto a la acequia y se fue al precipicio. Aún recuerdo la llegada de su cuerpo fallecido a hombros de sus familiares.

La parte baja de este inmueble, utilizado en otros tiempos como establo, sirvió primero de bodega y más tarde de taller-zapatería, donde se ejercitaron en esta labor los conocidos firguenses: Juan Roque Alemán y Pedro Marrero.

Recordemos que ésta fue la vivienda donde estuvo el famoso corredor desaparecido con la llegada de la carretera del Estado a Firgas, años veinte.

Decíamos que éste enlazaba, por vía aérea, el servicio de esta vivienda, ubicado en la parte de enfrente, y que por debajo del aludido corredor pasaba el Camino Real.

Continuamos y seguimos por la Calle Real de Abajo, justamente en la vivienda contigua a la del famoso corredor, y ésta no es otra que la de Isabelita la panadera, la última situada a la derecha de esta calle. En esta casa vivió un tío de Isabelita, conocido por Salvadorito Naranjo, soltero y bastante entrado en años. Poseía terrenos en El Lomo de Espino y frecuentaba, en sus idas y venidas, la herrería de Antonio Brito, situada al comienzo del camino que nos llevaba al Estanco, (hoy calle Elvira del Castillo). Un 8 de diciembre de 1941, el bueno de Salvadorito creyó conveniente quitarse de enmedio, poniendo fin a su vida, como así lo había presagiado. En un establo próximo a la herrería fue encontrado difunto y, desde aquí, fue trasladado al Cementerio Neutro firguense. La llamada caja de las ánimas, que se utilizaba en casos de pobreza, brillaba con el sol del mediodía camino del Camposanto, con los restos del infortunado en su interior.

Isabelita La Panadera, sobrina del anterior, también soltera, ocupó este inmueble durante algunos años y su sobrino Paquito vivía en el inmueble trasero.

La vivienda de Isabelita La Panadera se destacó desde siempre, porque ocupó buena parte de la calzada, quedando ésta reducida a la mitad en su anchura. Las Autoridades municipales intentaron desde muchos años corregir este problema, máxime cuando el tránsito rodado allí se acentúa por la confluencia de las carreteras hacia Las Madres, Valleseco y Teror.

Fue en la década de los años setenta cuando la Corporación Municipal, haciendo uso de la Ley y cuanto en ella se contempla para casos de necesidad, la que resolvió este grave problema para siempre.

Señalamos que en el desvencijado inmueble de Isabelita, a pesar de las pésimas condiciones en que se encontraba, se alojaron diversas familias, algunas incluso de veraneo. Aquí estuvo uno de mis profesores, don Pedro Betancor y su esposa, también maestra, doña Elizenda. Por aquí pasó de veraneo don Vicente Marrero y su esposa Susita, también profesora. Y en los últimos años, antes de su desaparición, fue ocupada por un matrimonio humilde y su



prole, a los que el Ayuntamiento de Firgas tuvo muy en cuenta, realojándolos en el denominado Grupo de Viviendas José Santos (Casas Baratas).

Hacemos constar que el mentado habitáculo carecía de todo, sus aguas fecales salían a la calle y la de abasto había que traerla en cacharros desde el pilar más cercano o también de la acequia Real. Las ratas y otras inmundicias fueron pródigas en su entorno.

Continuamos la marcha ascendente y nos encontramos con un espacio considerable, ahora cubierto por la fuente artística o Monumento Conmemorativo a los 500 Años de la Fundación de Firgas. Este lugar estuvo ocupado en parte por gran cantidad de leña seca: codeso, eucalipto, brezo... que se utilizó para caldear el horno donde se cocía el pan de Antoñita la Panadera. El espacio restante estuvo invadido por chozas donde se alojaban las cabras de la vecindad. Justo al lado del frontis de la casa de Isabelita La Panadera, anteriormente aludida, y sobre una pared de piedra con cara vista, estuvo situada, desde los años treinta, una cruz de madera, sobre pedestal de piedra azul, la que nos recordó el fallecimiento de un vecino del lugar llamado Juan Pérez, esposo que fue de Emilita la Costurera. Su hija soltera, llamada Isabel Ventura, fue la encargada de ponerle flores a ésta durante muchos años, en la fecha del tres de mayo. Verificado el derribo de la vivienda aludida, hizo desaparecer la señalada cruz.

Frente a la casa de Isabelita está aún el inmueble que fue de doña Rosa González Guerra, ahora de su sobrino nieto, don José Jiménez González. En la ventana de este inmueble, que da hacia el Norte, se aprecia el estilo conopial y la época en la que fue construida, siglo XVII. En su interior conserva, y lo podemos apreciar, el rico artesanado de sus techos. Un magnífico corredor orientado hacia el Sur fue destruido en la década de los años cincuenta por aquello de las reformas. La pared de esta vivienda colindante con la calle Real fue irregular, se había rendido por su antigüedad y fue corregida con las reformas ya mentadas. Es, a partir de entonces, cuando aparecen tres puertas hacia la calle. La entrada primitiva fue por el callejón aledaño, que utilizó también el conocido arriero Pancho el de Nina. A partir de estas reformas, es instalada una tienda de aceite y vinagre, con su reservado correspondiente para copas y por la puerta de arriba, junto al callejón, se alojó Brunito, una vez jubilado, montando un puesto de gasolina. Lo de Brunito, como se puede



observar, estuvo siempre relacionado con el carruaje. La tienda contigua fue instalada por el dueño de la vivienda, don José Jiménez González.

Seguimos con el ascenso, y no podemos soslayar el pasadizo empedrado, hoy desaparecido, que sirvió de entrada a la casa vivienda antes señalada y que, además, nos lleva a la que fue de Pancho el de Nina. Ésta pasó más tarde a poder de don Gustavo Báez El Sastre, donde estuvo algunos años con el taller sastrería. Con el cambio de domicilio de éste, la citada vivienda quedó en total abandono.

En el cercado colindante, hoy cancha de deportes, recuerdo la plantación de tuneras para la crianza de la famosa cochinilla que tantas onzas de oro deparó al agro canario. Esta finca, situada entre el callejón aludido y la vivienda de Aquilinita, fue adquirida para doña Dolores Padrón Peñate, esposa que fue del inolvidable profesor don Ángel Belmar Cruces. Ahora se comenta que por este espacio enlazará la futura carretera conexión Arucas–Firgas.

Seguimos por este margen izquierdo y limítrofe con la cancha ya descrita y nos encontramos con la casa antiquísima llamada de Aquilinita y su esposo Juan Santana. Este inmueble lo catalogo como de los más viejos del lugar ya medio oculto por la rasante de la calle que nos ocupa. El tejado y chimenea asoman con sigilo muy próximos a la acera y una pequeña ventana que daba hacia el exterior ha sido tapiada por sus dueños, porque además del agua de lluvia entraban otros líquidos menos apetecibles.

Nos resta por señalar el último de los inmuebles situado a la izquierda, junto al arranque de la carretera que nos conduce a Teror y Valleseco; ésta perteneció a don Manuel Pérez, conocido cariñosamente por Pascanse, y a su primera esposa, doña Marcelina. Aquí fue alojada, en la década de los años treinta, una tienda o abacería que perteneció a un hombre popular: don Francisco Perdomo, dueño después de uno de los coches piratas.

Años mas tarde, década de los cincuenta, trasladó aquí su comercio Lolita la de Maestro Eduardo, que, al quedar viuda de éste, casó en segundas nupcias con el tan conocido “Pascanse”. Desaparecida esta tienda, surge un bar, regentado por Paquito Arias, casado con Eva Guerra, sobrina e hija de adopción de Lolita. Esta cantina aún perdura, remodelada, ahora en manos de un yerno del mentado Paquito Arias.



A su lado está la vivienda que ocupó Frasquita “La Majorera” y su esposo Pedro García, “El Viudo”. Aquí recordamos que en una noche veraniega un grupo de jóvenes se acercó en altas horas con el fin de rondar a una nieta de Frasquita, llamada Nellyta. Los rondadores comienzan su canto entonando... No hace falta que salga la luna... y desde el interior se escucha una voz enrabiada que decía... “La que hace falta que salga es tu madre...”.

A la derecha, casi de frente a la cantina aludida, arranca la carretera que conduce a Las Madres. A su entrada se situaron dos sifones que fueron utilizados para agua de riego, aún no se conocían las tuberías de cemento o de plástico y en uno de éstos, el más cercano a la cantina, se situaba desde muy temprano la popular Angelita “La Pescadera”, con su mercancía. Construido el muro y escalinata de la Plaza de San Roque, parte baja, Angelita trasladó sus bártulos al callejón del cubo del molino. Al lado del indicado sifón, los chiquillos de entonces habíamos habilitado un campito de fútbol, que utilizábamos, incluso, a la hora del recreo. Aquí, Pepe El Guardia, Juan y Manolo Perdomo, mis primos, Pano el de Justinita y otros muchachos de la época, jugábamos a la pelota. Por entonces el Club Deportivo Firgas ya sonaba por el Norte de la Isla. Año 1943 y sucesivos.

He de decir que la calle Real de Abajo fue escenario de significativos acontecimientos locales: aquí fueron recibidos los Obispos en sus visitas pastorales; también los Gobernadores Civiles en sus periódicas visitas; por aquí llegaban los Misioneros y aquí se despedían; por aquí subían, con parada incluida en la Vuelta de Los Ponce, todos los entierros provenientes de la zona baja de Firgas, que fueron recibidos con la Cruz Alzada, el Cura de Capa Pluvial y el Sacristán Mayor también revestido, y entre ambos entonaban al difunto el “*siniqitate meam*”, en el comienzo de la ceremonia fúnebre religiosa. Asimismo, llegaban las charangas con los papahuevos en las vísperas de las fiestas, especialmente las de San Luis Gonzaga. En esta calle se colocaron arcos enramados para dar la bienvenida a los personajes ilustres; por ella, la procesión del Martes Santo en el recorrido del Vía Crucis con la soberbia imagen del Nazareno. Por esta calle carretera el tránsito de camiones repletos de pinocha, de leña, de papas y de agua mineral sobre todo. Un río de agua pasó por esta calle en el transcurso del tiempo.

Esta vía emblemática fue utilizada hasta los años cincuenta, como tendero de cochinilla en los llamados cajones o bandejas con fondos de lona. Aquí los tendidos de mazorcas de maíz o millo, puestos a secar una vez desca-misadas. ¡Ay, aquellas “desojás” a la luz de la luna!

Desde aquí se escuchó el martilleo sobre del yunque y se apercibía el calor de la fragua de la cercana herrería de Antonio Brito, situada junto a la acequia de San Juan, por el camino del Estanco. Desde aquí, el olor a gofio y a pan del cercano molino harinero y panadería de Antoñita.

En la huerta, aún existente, sita frente a la casa de los Arencibia y de don Domingo Ponce, tuvo lugar, en la década de los sesenta, una Feria de Gana-do por las fiestas de San Roque, con el consiguiente descontento de los comer-ciantes ubicados en la parte alta del pueblo, que no se comieron en ese día ni un rosco.

Ya, como final, decir a modo de anécdota que en el reservado de la tien-da bar que fue de Pepito Jiménez, ya aludido, solían reunirse algunas pandi-llas al regreso de los entierros, aquí tomaban café y la copa consiguiente. En ocasiones, la alegría subía de tono hasta tal punto que hasta los mismísimos deudos del finado terminaban cantando, ya avanzada la noche.

Así se me antoja esta calle, tan transitada por los firguenses y foráneos y, de manera especial, por un servidor. Por aquí al colegio..., por aquí a la igle-sia..., a la tienda..., al pilar..., al fútbol..., a las fiestas locales..., al Liceo...

Por la calle Real de Abajo pasé buena parte de mi niñez y adolescencia. En sus cercanías tengo mi morada ahora, donde quisiera terminar el resto de mis días.

Así es, o mejor, así fueron mis calles.